

le aplauden, le miman y hasta van a presidio por defender una faena suya, están muy enfermos de una enfermedad que sólo pueden curar los cirujanos de hierro. ¡Los cirujanos de hierro!... España se ha creído que esos hombres cuando aparecen son tan débiles que fracasan ante la burla o el escarnio. Ignora la desgraciada España que se ama tanto más cuando más se convence la inteligencia de que tal país está imbécil de remate.

Ese pueblo que se burla, ese pueblo que se encarnece podrá conquistarlo todo menos que se le ame cada vez más y que por adorarla se exponga el corazón a sus puñaladas. **Gallito**, si leyera, si supiera los centenares de razones, datos e inventarios que yo doy cuando hablo contra el flamenquismo, le habría temblado la mano de emoción al regalarme su ofrenda y no me hubiera dedicado la muerte de uno de esos animales tan útiles a la agricultura y que aunque él no lo crea son perfectamente domésticos y no espantables fieras. Pero **Gallito**, como mi pueblo, no lee y cree que yo soy un detractor vulgar de esa fiesta y me prueba su valor o su destreza como Dios o Cúchares le dan a entender, cuando

sería mejor que, leyendo, tomara nota y estudiara los males que causa la afición torera a nuestra patria y tuviera para el joven que los analiza toda clase de respeto.

¿Hay error? Pues a demostrarlo. ¿Hay equivocación? Pues a discutirlo. Pero demostrar el arte, la utilidad y la beneficencia de los toros haciéndoles polvo y ofreciendo orejas, es un rasgo pueril, flamenco y llamativo que nadie puede tomar en serio si no es para denigrarlo. Brindar un toro es el rasgo más español e implica cierto género de agradecimiento o cortesía. Cierto; lo cortés no quita lo valiente. He aquí el artículo ofrecido. Nunca me consolaré de haber empleado las columnas de un periódico en pagar la ofrenda de una oreja de toro. Si las odas de amor, en España, deben escribirse al dorso de un billete de Banco, estos artículos debían imprimirse al pie del acta consular en la que el autor se nacionalizara extranjero. Pero, a pesar de la oreja, hay Noel para rato, y presumo que serán necesarios muchos trofeos de esos para que yo me convenza de que mi patria está irremediablemente perdida.

Eugenio Noel.

## Suicidio de un poeta

León Deubel era un joven poeta francés, al parecer bastante protegido de las Musas. En los crepúsculos vespertinos, se iba a orillas del Sena, pulsaba la lira, daba rienda suelta a su estro y... luego, llevando en los bolsillos algunos sonetos, se marchaba a dormir, sin cenar, sobre un miserable banco público. Pero como el hombre, ni aun siendo poeta, no se alimenta solamente de céfiros, llegó un día en que nuestro vate, desesperado y hambriento hizo añicos la lira y se zambulló en el caudaloso río, cuyos murmullos tantas veces le habían turbado el numen.

Así, escuetamente narrado, el hecho encierra un laconismo doloroso. A través de él se ve la lucha del hombre contra el hombre, la más cruel de cuantas sostiene nuestro instinto de conservación. Y se ven los amigos que se esquivan, el transeunte que se aparta con desdén al notar el aspecto enfermizo que la falta de alimentos da a nuestro rostro... Todo esto se vislumbra lo mismo que los mil titubeos tenidos por el suicida antes de cometer alguna baja que acaso le pudiera proporcionar el mendrugo... ¿Bajeza he dicho? Sí; baja. Porque el hombre, cuando carece de pan,